

tante tener parte en la sucesion del trono, que con su divino y tierno infante, y acompañada de su casto esposo, tiene que emprender el penosísimo viaje del Egipto, ni recuerda siquiera su grandeza: su Corazon era de Dios y en Dios solo encontraba sus delicias. Apenas recibe la noticia de su exaltacion á la mayor de las dignidades, se humilla, se abate, y al tiempo mismo que los coros angélicos la saludan reina, ella se considera como la esclava y como la esclava mas humilde del Señor: *Ecce ancilla Domini.*» Hé aquí la esclava del Señor.

¡Oh María! Digna fuisteis de ser elegida por el Señor para que en tí se obrase el gran misterio de la Encarnacion del Verbo: no ha habido un corazon semejante al tuyo, una criatura que te esceda ni aun que se asemeje en santidad: muchas hijas juntaron riquezas de santidad: pero tu ¡oh Madre mia! las ha sobrepujado á todas: *Multæ filiae congregaverunt divitias: tu supergressa es universas.*

Contemplad, mis señores, las virtudes que resplandecieron en los héroes que celebran las páginas de la Escritura Santa, y vereis que todos ellos brotan como de copioso y abundante manantial del Corazon immaculado de María: la fé que distinguió á un Abraham, la obediencia de su hijo Isaac: la pureza de José, la piedad de un David y la sabiduría de un Salomon: prudente mas que Abigail: mas llena de valor que Judith y de intrepidez que Jael y mas laboriosa que Ruth, María es el resumen de todas las virtudes

Yo deberia ahora dirigir vuestras consideraciones al Calvario y presentaros á esta Soberana Reina al pié del patíbulo de la cruz, y allí observar podriais toda la fortaleza de su corazon amante. Pero yo renuncio

hoy á describir las tristes escenas del monte de las Calaveras, porque no quiero entristecer vuestros corazones en dia de tanto regocijo. Confesemos, mis señores, que María demostró en todos los actos de su vida, así en su niñez como en su juventud, y muy particularmente en la pasion y muerte de su Hijo, que su corazon fué un abismo insondable de virtudes, perfecciones y prodigios: ved, pues, probada mi primera proposicion de que el corazon de María es digno de todo nuestro amor, por sus altísimas perfecciones. Empero lo es tambien, y es lo segundo que propuse, por el gran amor que nos profesa.

## SEGUNDA PARTE

Cuando me propongo hablar del amor que la Santísima Virgen tiene á la humanidad: cuando debo llamar vuestras atenciones hácia las finezas de su corazon amante para con los miserables hijos del padre prevaricador, confieso que desearia poseer las mejores dotes oratorias y la gracia del buen decir. Bien se que no necesito buscar muchas pruebas que confirmen mi proposicion, porque el cristianismo todo aplaude y bendice á una voz á la immaculada Co-redentora de la raza proscripta, conociendo que su corazon es todo de las criaturas, y que ella es, como la llaman los Padres, la tesorera y dispensadora de las divinas misericordias: empero mi lengua es asaz torpe para publicar las bondades de la mas tierna Madre para con los mas ingratos hijos.

Desde los primeros siglos del cristianismo, los Padres de la Iglesia, y los mas sublimes ingenios, empleáronse gustosos en cantar las alabanzas á la reina

de los ángeles, y en animar á los fieles á acudir á ella en todas sus tribulaciones, asegurando que es el mejor conducto por donde el Señor comunica sus bondades á las criaturas. San Efren la llama abogada única de los pecadores, y San Juan Damasceno la hace hablar de este modo: «Yo soy una ciudad de refugio para todos cuantos á mí se acercan (1).» Ved aquí con cuanta razon os llamo en este dia, exhortándoos á que os refugiéis en esta ciudad fortalecida: *Convenite et ingrediamur civitatem munitam.*

¿En qué fundamos nosotros nuestra esperanza en la proteccion de la Santísima Virgen? ¿Acaso será esto efecto de un exceso de nuestra piedad y del amor que la profesamos? No, mis señores: tres causas descubro yo que justifican nuestra confianza: su poder, nacido de su altísima dignidad; la maternidad de todos los hombres que recibiera en el Gólgota, y lo tierno y bondadoso de su corazon. Discurremos con orden.

Al decir yo que nuestra confianza en la Santísima Virgen nace del poder que en ella reconocemos, estoy muy lejos de atribuir á la Señora ninguno de los atributos que son esenciales de la Divinidad: María es mas que todas las criaturas, pero es menos que Dios, no es Omnipotente; pero ¿podrá negarse que ha recibido tal poder de Dios, que los Padres no han dudado llamarla casi Omnipotente? Léese en las sagradas páginas que el Señor ha favorecido á algunos justos, en los que por una disposicion de su Providencia ha hecho resplandecer su poder. Decidme, mis señores: ¿ha habido ni podrá existir

(1) Ego civitas refugii omnium ad me confurgentium. San Juan Damasceno, Oral. 2 de Dormit.

una criatura mas colmada de santidad que María? ¿Ha habido una que haya tenido mas estrechas relaciones con la Divinidad? Contemplad tan solo que registrando el Eterno con una mirada escudriñadora todas las generaciones que habian de poblar la tierra hasta la consumacion de los siglos, solo María fué hallada digna de ser elevada á la altísima dignidad de Madre de Dios; que para ser sublimada á tanta dignidad, hizo el Eterno una honrosa exencion en ella del decreto que envolvia á todas las criaturas en el pecado original, siendo concebida en gracia y recibiendo desde el instante mismo de su animacion purísima no solo toda la inmensidad de la gracia santificante, sino tambien todas las gracias *gratis datas*. El Verbo Eterno habíase hecho hombre en sus purísimas entrañas: la sangre que hiciera latir su corazon la habia recibido del corazon de María; habíase alimentado de sus pechos, y durante su peregrinacion sobre la tierra vivió sujeto á ella, obediéndola en todo. Ahora, pues, os diré yo valiéndome de las mismas espresiones del Padre San Agustin: que no es concebible que el que protestó no haber descendido á la tierra á quebrantar la ley, sino á cumplirla en en toda su estension, dejase de honrar á su Madre aun estando en el cielo (1).

Si la oracion del justo es siempre eficacísima delante de Dios, ¿qué deberemos pensar de las peticiones de María? ¿Acaso se negará alguna peticion en el cielo á aquella criatura que es Hija, Madre y Esposa de Dios? Jesucristo, que como hemos insi-

(1) ¿Numquid non pertinet ad benignitatem Domini, Matris honorem servare qui legem non veni solvere, sed adimplere. D. Aug. Apud Lig. Glor. Mar. t. 1, c. 6.

nuado vivió en la tierra obediente á su Madre, ¿cerrará en el cielo sus oídos á las súplicas que le dirija? Si en la tierra bastó una insinuación de la Madre, para que en las bodas de Caná efectuara Jesucristo el milagro de convertir el agua en vino para remediar el apuro de los desposados, ¿qué efecto no tendrán ahora en el Empíreo sus ruegos dirigidos en favor de la humanidad? Esta consideración hizo esclamar á San Bernardino de Sena que todo obedece al imperio de María, sin exceptuar al mismo Dios. *Imperio Virginis omnia famulantur, etiam Deus* (1).

Escandalícense los herejes de que nosotros pongamos nuestra esperanza en María, diciendo que solo Dios debe formar la esperanza del hombre. De dos modos, dice el angélico doctor Santo Tomás, podemos nosotros poner nuestra esperanza en una persona: como causa principal ó como causa media. ¿Qué sucede en la tierra? El monarca es el que concede gracia y distinciones, y sin embargo cuando el hombre quiere conseguir algun favor especial del rey, no acude á él directamente y se vale del ministro por quien se distribuyen; y aunque conoce que solo del trono puede salir la gracia que solicita, pone su esperanza en el ministro como causa media. Ved aquí lo que hacemos los cristianos, sin perjudicar en nada los derechos de la Divinidad. Sabemos que solo Dios es el dispensador de todo don perfecto: solo El puede remediar nuestras necesidades y socorrernos en nuestras aficciones; solo Dios puede perdonarnos de nuestras infidelidades, y así es la causa principal de

(1) S. Bern. de Sen, t. II. Serm. 16.

nuestra esperanza; empero al dirijirnos al Señor temblamos á la consideración de nuestras culpas y consideramos nuestra indignidad, y por esto nos acogemos al amparo de María, esperando que pondrá en juego toda su influencia y su poder para alcanzarnos de su Divino Hijo el buen despacho de nuestras peticiones.

Asi es, mis hermanos, y fundada la Iglesia en estos sanos principios nos enseña en la piadosa costumbre de invocarla, con el dulce nombre de esperanza nuestra y los hijos de la Iglesia siempre y en todo tiempo, alcanzarán de Dios por la intercesión de la Señora los mas grandes y estraordinarios favores: y no puede ser de otro modo puesto que dotada la Señora de un corazón amable, de un corazón compasivo y lleno de bondad nos ama con un amor, que como dice el Damiano, no se deja vencer de ningun otro amor (1).

Otra consideración nos hará comprender cuán fundada es nuestra esperanza en la Santísima Virgen. ¿Cuáles son nuestras relaciones con la que es Madre de Dios? ¡Ah! ¡Qué consuelo tan inexplicable para nuestras almas! La que es Madre de Dios, lo es tambien nuestra no carnal, sino espiritualmente. No digamos nada nuestro, y dejemos hablar al celoso cantor de las glorias de María, S. Alfonso de Ligorio. No en vano, dice, los devotos de María Santísima, la llaman madre y parece que no saben invocarla con otro nombre, ni se sacian de llamarla siempre Madre. Madre, sí, porque verdaderamente lo es de nuestras almas y nuestra salud. Cuando el pecado privó de la

(1) Scio, Domina, quia amantissima es et amas nos amore in-  
vicibili. D. Petr. Dam. Serm. 1 de Nat. B. Virg.

divina gracia á nuestras almas, las privó tambien de la vida. Por lo cual habiendo quedado ellas miserablemente muertas, vino Jesus nuestro Redentor, por un exceso de misericordia y de amor, á recobrar para nosotros con su muerte en la cruz la vida que teniamos perdida como él mismo lo declaró: *Yo he venido para que tengan vida, y la tengan en mas abundancia* (1). *En mas abundancia*; porque dicen los teólogos, nos trajo Jesucristo mas bienes con su redencion, que daño y males Adán con su pecado. Por lo cual, reconciliándonos su Divina Magestad con Dios, se hizo Padre de nuestras almas en la nueva ley de gracia, como profetizó Isaias, llamándole Padre del siglo venidero, príncipe de paz (2). Mas si Jesus, concluye el Santo escritor, fué el Padre de nuestras almas, María fué la Madre, por que dándonos á Jesus nos dió la vida verdadera, y ofreciendo despues en el Calvario la vida del Hijo por nuestra salud, vino á darnos á luz entonces á la vida de la divina gracia.» Hasta aquí el sublime razonamiento de San Alfonso de Ligorio.

Jesucristo, mis señores, quiso que nos confirmáramos en esta verdad consoladora y fué su voluntad que la Santísima Virgen fuese para nosotros una medianera de intercesion, y para que mas se alentara nuestra confianza nos la dejó por madre á todos los mortales, diciéndonos en la persona de Juan, á cada uno de los que habiamos de ser en adelante miembros de su Iglesia: «*Hé ahí á tu Madre.*» ¿Seré yo capaz de desenvolver el divino énfasis que encierran estas sublimes palabras? ¡*Hé ahí tu Madre!*...

(1) *Veni, ut vitam habeant et abundantius habeant.* Joan. cap. X, vers. 10.

(2) *Maria plena unctioe misericordiae, et oleo pietatis propterea unxit te Deus oleo laetitiae.* D. Bon. in Spec. cap. 7.

Oídlo, justos, para vuestro consuelo: escuchadlo pecadores que llorais vuestros estravíos. La Madre de Dios es nuestra Madre. ¿Qué tendrá pues que oponer la impiedad á nuestra confianza? ¿Dónde encuentra consuelo el tierno parvulillo sino en el regazo materno? ¿Y una Madre qué gozo no tiene al recibir entre sus brazos y estrechar en su corazón á sus amados hijos? Y si una madre es siempre bondadosa para con sus hijos ¿faltará esta bella cualidad á la que es reina de todas las virtudes? De ningún modo: María, mis señores, es la Madre mas tierna y cariñosa; su corazón está rebosando piedad, porque es el corazón mas tierno y mas amante: su ocupacion continúa en el Empíreo es pedir gracia en favor de los infelices mortales. Llenémonos de regocijo por tener en el cielo una Madre toda llena de unción, de misericordia y de bondad hácia nosotros, como dice San Buenaventura. Alegrémonos y bendigamos á nuestro Dios, porque concedió á la que es nuestra Madre y protectora un corazón tan lleno de bondad en nuestro favor.

Poco os he dicho, mis señores: porque poco permite mi insuficiencia: lengua de Serafin seria necesaria para hablar dignamente de las finezas de ese corazón amante. No me estraña á vista de cuanto llevamos espuesto, que tan rápidamente se haya estendido en todos los países católicos la devoción del inmaculado Corazón de María, y que tantas archicofradías se erijan de nuevo cada dia, para darle culto y rogar por la conversion de los pecadores, objeto santo y laudable que se propusieron los propagadores de esta devoción.

Sí, pues, el Corazón de María es un abismo de perfecciones, como demostramos en la primera parte del

discurso, y es un corazon que rebosa caridad en nuestro favor, venid cristianos y refugiémonos en ese corazon amante, en esa ciudad fortalecida: *Convenite et ingrediamur civitatem munitam*. Todos encontraremos en ese corazon dulcísimo el reposo y el descanso. Acudid, vosotras, mujeres fuertes, santas religiosas que en el retiro del cláustro os dedicais al santo ejercicio de la oracion: ni en ese santo albergue os dejará tranquilas el cruel enemigo de nuestras almas; empero no temais á sus malignas sugerencias: acudid al corazon de María, puerto seguro de salvacion, y os llenareis de fortaleza: *Convenite et ingrediamur civitate munitam*. Individuos de esta congregacion illustre, y vosotros todos cristianos que me escuchais: en vuestras aficciones y necesidades, en vuestras tribulaciones y enfermedades acudid al corazon dulcísimo de María, porque es un corazon bondadosísimo, dispuesto á interceder por sus devotos: *Convenite et ingrediamur civitatem munitam*. ¿Qué otra cosa deseamos sino conseguir del Señor el perdon de nuestros pecados? Pues por María podemos conseguirlo: acudamos á ella, pues á todos alcanza el calor de su caridad.

Sí, Virgen Sacratísima: somos vuestros hijos y por eso nos atrevemos á esperar de Vos, Madre amantísima, que intercedereis en nuestro favor para que seamos perdonados. Habeis recibido de Dios un poder grande y extraordinario, y vuestros deseos son de que nos salvemos. Asistidnos, pues, Señora, á fin de que, resistiendo al mundo, al demonio y á la carne, vivamos con rectitud, y logrando la preciosa muerte de los justos, tengamos un día la inestimable dicha de ser participantes del reino de la inmortalidad, que es la Gloria. Amen.

## SERMON

DE

### NUESTRA SEÑORA DE LORETO.

*Fecit mihi magna, qui potens est.*

El que es poderoso, hizo conmigo cosas grandes.

Cántic. Magnificat.

No lo extraño, ni creo descubrir un fenómeno inesplicable, al observar que cuando se tributan cultos á la Madre de Dios, cuando se trata de celebrar sus glorias y cantar sus alabanzas, sea cualquiera la advocacion ó título bajo el cual la veneremos, acuden presurosos á ocupar un lugar bajo las bóvedas del templo, así el jóven cuya imaginacion bulliciosa le guia de continuo en busca de distracciones y placeres, como el decrepito anciano que se halla agoviado bajo el peso de los años: tanto el niño que aun juguetea en el regazo de una tierna madre, como el hombre de negocios ó de estudios que voluntariamente suspende sus tareas: todos se creen obligados á pagar justo tributo de veneracion, de respeto, de amor á aquella criatura singular, que fué el lucero brillante que precedió al Sol Divino de jus-